

IMPRESIONES DE UNA ROMÁNTICA: ENTRE LAS COSTUMBRES Y LA MODERNIDAD, UNA VISIÓN PEDAGÓGICA E HISTÓRICA

Pablo MORA

Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM, México

Mis ojos ven y mi razón comenta...

L. M. C.

Palabras-clave: Laura Méndez de Cuenca, impresiones, romántica, práctica pedagógica.

Resumen: El viaje y la soledad son dos de las vías que pueden definir buena parte de la vida de Laura Méndez; por un lado, un viaje que siempre tuvo motivaciones de aprendizaje y descubrimiento; por el otro, un peregrinaje a solas que tuvo como sello los recuerdos, la nostalgia, la pasión, el exilio, del país de origen. Se trata de una viajera que, ya madura y solitaria, supo fundir la experiencia laboral, la pasión sentimental, la erudición y el desengaño, la sensibilidad y la enseñanza en crónicas de prosa equilibrada, entre una visión melancólica y romántica, una mirada pedagógica y realista, siempre crítica, sobre los mundos que describía; lugares donde la modernidad y el progreso ya daban muestras de cierta articulación positiva o acaso exhibían sus paradojas en culturas o ciudades extranjeras.

Mots-clés: Laura Méndez de Cuenca, impressions, romantique, pratique pédagogique.

Résumé: Le voyage et la solitude sont les deux voies qui permettent de définir une grande partie de la vie de Laura Méndez. D'une part, le voyage qui a été souvent motivé par la volonté d'apprendre et de découvrir ; de l'autre, un pèlerinage solitaire marqué par les souvenirs, la nostalgie, la passion et l'exil loin du pays d'origine. Il s'agit d'une voyageuse qui a su, dans une solitude féconde, mêler l'expérience professionnelle, la passion sentimentale, l'érudition, la désillusion, la sensibilité et l'enseignement dans des chroniques d'une prose équilibrée, oscillant entre une vision mélancolique et romantique et une vision pédagogique, pragmatique et toujours critique des réalités qu'elle décrivait, et des lieux où la modernité et le progrès montraient une certaine articulation positive et quelquefois des paradoxes.

Keywords: Laura Méndez de Cuenca, Impressions, Romantic, practical pedagogy

Abstract : Travelling and solitude are two key words to understand the life of Laura Méndez. On the one hand, she travelled in order to learn and discover. On the other, she wandered alone in trips marked by memoirs, passion and homesick. Méndez, at maturity, was a traveller able to mix in her writings passion, daily work, erudition and disillusion, sense and sensibility. Her chronicles was made with a balanced prose, both romantic and realistic, melancholic and didactic. He also had a critical look at the societies she described, pointing at their advances or cultural paradoxes.

El viaje y la soledad son dos de las vías que pueden definir buena parte de la vida de Laura Méndez; por un lado, un viaje que siempre tuvo motivaciones de aprendizaje y descubrimiento; por el otro, un peregrinaje a solas que tuvo como sello los recuerdos, la nostalgia, la pasión, el exilio, del país de origen. Se trata de una viajera que, ya madura y solitaria, supo fundir la experiencia laboral, la pasión sentimental, la erudición y el desengaño, la sensibilidad y la enseñanza en crónicas de prosa equilibrada, entre una visión melancólica y romántica, una mirada pedagógica y realista, siempre crítica,

sobre los mundos que describía; lugares donde la modernidad y el progreso ya daban muestras de cierta articulación positiva o acaso exhibían sus paradojas en culturas o ciudades extranjeras. En otras ocasiones, menos frecuentes pero sintomáticas, Laura Méndez escribió crónicas más personales e introspectivas donde narró historias con tintes autobiográficas, bitácoras nostálgicas y dramáticas de la infancia, literariamente más ricas, que dejaron ver a una mujer de una sensibilidad extrema, dueña de un oficio literario. Sin embargo, el signo más presente de su producción cronística es el de los textos en los que fue ofreciendo impresiones sobre mundos donde el progreso y las costumbres le daban motivaciones pedagógicas, históricas y sentimentales para revisar culturas en desarrollo, puntos de comparación donde era factible exponer las paradojas, contradicciones y la eficacia de esos cambios con valores más humanos de solidaridad y altruismo. Y es que ese espíritu crítico y didáctico le sirvió para plantear otros aspectos del desarrollo del hombre de carácter universal y enciclopédico, su destino como ser histórico y social, dentro de un nacionalismo o un cosmopolitismo bajo coordenadas espirituales y sentimentales distintas; un destino que debía incluir valores como la solidaridad, la responsabilidad, la justicia, la compasión. Fueron estas mismas preocupaciones y su curiosidad indomable las que guiaron a Laura Méndez en las distintas comisiones educativas que le asignó el gobierno de Porfirio Díaz, a través de su amigo y ministro en educación, Justo Sierra. En ese sentido, Laura Méndez fue coherente con una propuesta y una misión que en sus crónicas la traduce abriendo ventanas temáticas a través de la observación puntual y curiosa de ciertos fenómenos sociales, arquitectónicos, históricos, familiares, de comunicación y transporte público, de tradiciones, de comercios y tiendas, de salud pública e higiene, de vida cultural y educación, etcétera. Este abanico de temas le sirve, con frecuencia, para examinar, en retrospectiva, los

procesos o limitaciones de modernización de su país de origen, un México detenido por costumbres atávicas y la necesidad de la educación. En todo caso, esa confrontación de mundos, lo presenta en una prosa hecha río navegable, con un estilo claro y puntual del español, en donde los problemas, limitaciones y ventajas del progreso se transforman en ironía, en observaciones didácticas, en impresiones inquisitivas, en realidades inéditas o descripciones de sucesos históricos y simbólicos; impresiones de una mujer a solas que supo en su peregrinaje transformar en reflexiones seculares o miradas útiles y críticas, nada moralistas, del mundo que recorría.

Los textos de Laura Méndez sorprenden por lo atinado de los fenómenos urbanos y culturales que detecta. En ellos nos ofrece una argumentación histórica y antropológica aguda. Desde sus crónicas por EUA, a fines del siglo XIX, con temas como el de la democracia y las elecciones en California o los informes del sistema de educación primaria, hasta sus distintos viajes por ciudades europeas, entre 1907 y 1910, nuestra viajera destila el impacto del progreso y la modernidad, sus repercusiones en las costumbres, la cultura y, en general, la vida cotidiana. Pero lo que llama la atención es que esas impresiones, a pesar de sus temas novedosos y penetración didáctica parecen estar escritas desde una perspectiva distinta, sujetas a patrones de educación gradual, dirigidas a un público que lee desde un pasado, con el peso de la historia y sin el México contemporáneo de los primeros años del siglo XX. En ese sentido, las crónicas de Laura Méndez no postulan una visión vanguardista o de una modernidad seductora como del flâneur moderno, advertido por Walter Benjamin, no seducen en la forma como lo hacen otros cronistas jóvenes como los textos estilizados de Ángel de Campo o las crónicas modernas de Gutiérrez Nájera. Y es que dos de los elementos que influyeron en nuestra escritora fueron, por un lado, la situación existencial, y, por el otro, la de

su formación educativa, ideológica y estética. Estos dos factores hicieron que la cronista experimentara procesos distintos de los de sus contemporáneos tanto en lo que se refiere a lo literario como a esa experiencia de la modernidad en México. En todo caso, el atractivo de las crónicas de Laura Méndez radica en la manera como a través de su espíritu romántico y liberal expone y plantea problemas del hombre dentro de una tradición literaria que se resuelve sin innovaciones o rupturas estilísticas, pero que sin dejar de ser de buena factura literaria sabe plantear dilemas universales.

En primer lugar, Laura, después de una formación específica en la Escuela de Artes y Oficios, al lado de su experiencia amorosa y literaria con escritores liberales y románticos de los años de 1870 y 1880, experimentó una situación económica y laboral adversa –muy pronto viuda con dos hijos desde 1884. Esta situación la obligó a optar, muy rápidamente, por un autoexilio, orillada a buscar otra suerte en latitudes extranjeras. En ese sentido, Laura Méndez no vivió el cosmopolitismo de la calle Plateros –ahora avenida Madero- como la retrató Gutiérrez Nájera o la vida urbana como la retrató Ángel de Campo o Luis G. Urbina, sino más bien la escritora experimentó esa modernidad, desde una condición distinta, como peregrina exiliada con el país histórico a cuestas. En otras palabras, nuestra escritora, muy pronto, se desconectó de esa vida contemporánea y literaria mexicana y esa desconexión le provocó poner de relieve los principios ideológicos liberales y románticos originarios de sus mayores. Ante esta situación, Laura Méndez supo entretener, a partir de su formación como maestra en la enseñanza primaria, un temperamento racional y romántico que explican, como consecuencia, esa visión atenta que ofrece criterios históricos, costumbristas y educativos graduales pero que no sigue las modas literarias. Laura Méndez advierte en uno de sus reportes de Instrucción educativa:

La educación y la instrucción no crean talento ni pueden crearlo, pero desarrollan todo el que en germen existe en cada individuo: educar, disciplinar, instruir, he aquí la tarea de padres y maestros, no para convertir a cada hombre en sabio, sino para hacer útil ciudadano y de bien. Sin echar a mala parte la famosa teoría darwinista, no sólo se contempla, con despiadada indiferencia a la supervivencia de los aptos, sino que se procura con ardor, convertir en aptos a los ineptos, para que vivan.¹

En ese sentido, me referiré en las páginas siguientes a algunos aspectos de esas crónicas que dan cuenta de esa visión comparatista, histórica y didáctica.

ENTRE LA HISTORIA Y LA REALIDAD DE LAS COSTUMBRES

Laura Méndez viajó siempre en el extranjero con lo que ahora llamaríamos un espejo retrovisor, un espejo con su país histórico y profundo bajo la nostalgia de los recuerdos de la infancia y las costumbres. En otras ocasiones este mismo espejo retrospectivo le provocó la fabricación de tejidos narrativos, algunos cuentos y crónicas ejemplares, que dejaron ver una mirada crítica y comprensiva hacia los retrasos de su país de origen y la evolución de las costumbres. Un ejemplo de tantos los vemos cuando narra el día festivo de la Navidad y la presencia de San Nicolás y Santa Claus en los países el mundo,

¹ 26-27 AHSEP M2/9LG1

La transformación inevitable de las cosas y las costumbres al través de los años no ha hecho gracias de las fiestas de Navidad. Aunque de origen común, el paganismo que vivía con la naturaleza, y de ella aprendió las nociones de todas las ciencias y de todas las religiones, la celebración de la noche buena y de la Pascua ha ido tomando carácter propio entre los diferentes pueblos que se entregan a los alegres regocijos del crudo diciembre (263).

Ahí destaca, primero, la transformación de lo natural por lo artificial en el árbol de Navidad. Pero más penetrante resulta la manera como busca mostrar la excepción a la regla de dicha celebración de procesos paganos y religiosos de cada nación. Laura Méndez hace una distinción entre las figuras de Santa Claus y San Nicolás, según los ingleses y alemanes, y una vez descritas esas diferencias plantea el papel tan importante que juega la servidumbre en países como Alemania, es decir, mientras los alemanes consagran esa festividad a dichos servidores, ofreciéndoles regalos y un lugar en la mesa, en México seguimos siendo clasistas y hasta nos referirnos a ellos como “alimañas”. La maestra destaca el sentimiento de solidaridad espiritual hacia la servidumbre en otras tradiciones con el objeto de resaltar costumbres originarias que dan fortaleza a una cultura.

Esta misma conciencia histórica y humanista llevan a nuestra escritora a plantear una identidad nacional a través de, por ejemplo, la crónica de la historia de los objetos, muy concretamente la producción de los juguetes y su impacto en los niños. Mientras en México reconoce una constante tendencia cultural hacia el “malinchismo”, un gusto por adoptar todo lo extranjero antes que lo propio, en Alemania y en países sajones destaca las tradiciones genuinas como formas de fortalecimiento de dichas naciones. En ese sentido subraya que “Las costumbres se comunican por el invisible

cable de la identidad de las razas, se transmiten por herencia, pero no se imponen. Y las costumbres sajonas serán las nuestras cuando otro pueblo ocupe nuestros hogares, y de Cuauhtemozin y de Cortés no quede ni el recuerdo en nuestros lares.”(262) Esta adherencia a un nacionalismo, seguramente proveniente de sus maestros de la República Restaurada al defender la producción original de juguetes, revela una noción, acaso, anacrónica para su momento frente a una inercia real de un cosmopolitismo irreversible. La maestra, en todo caso, privilegia las tradiciones de dichos países y hace una severa crítica a México:

Y mientras que con el exotismo y la exornación artificiosa de nuestro modo de ser, formamos de nuestros hijos muñecos y de la patria un juguete pintoresco, este pueblo maduro y los que le igualen en solidaridad, responsabilidad y convicciones, con juguetes echan en el corazón de sus hijos la piedra angular de la patria (262).

Esta preocupación por valores universales acompañados de una conciencia histórica y pedagógica le permitieron adoptar otros móviles narrativos tales como el pecado y las costumbres rurales para exponer el determinismo social y los dilemas de la libertad individual. Véanse sus dos cuentos ejemplares: “La Venta del Chivo Prieto” o “La confesión de Alma”.

JANO Y LA DOBLE CARA: HISTORIA O MODERNIDAD

En todo caso, Laura Méndez pudo condensar y destilar una mirada romántica e histórica singular en su producción cronística más prolífica que intituló “Impresiones de viaje,” crónicas escritas de 1904-1910 para *El Diario del Hogar* y *El Imparcial*. Ahí nos dejó

un inmejorable recorrido de su experiencia vital y literaria mediante una mirada sensible e inteligente que buscó exhibir los dos extremos o las caras de una misma moneda: el de una institucionalización avalada por la tradición de las costumbres o los desafíos de la modernidad; el de la identidad nacional sustentada en tradiciones locales sin valores universales tales como responsabilidad, derechos y solidaridad; el del glamour de los lugares visitados (monumentos y espacios arquitectónicos) relativizado por el conocimiento de una verdadera historia universal de la infamia; el de los sistemas de innovación de higiene, educación y hábitos –progreso– socavados por principios primitivos del hombre; el de la significación de las tiendas y comercios como sistemas de identidad originaria de las naciones:

¿Habría cosa más vulgar que una tienda? Después de la cantina, que es el centro de comercio fundamental de toda congregación o conato de aldea, en cualquier parte del mundo, nada hay tan importante como la tienda. Mas con ser un giro universal, da carácter a los pueblos, porque siendo el lugar donde cada quien va a surtir de lo que ha menester, una tienda bien encaminada es libro abierto en que aprender las costumbres de la gente (231). (Méndez, 1907).

La cronista nos muestra, en efecto, un catálogo de diferentes tiendas en el mundo a través de la especificidad de cada una de éstas mediante necesidades nacionales y su diseño. Las tiendas de Estados Unidos son un refugio para el transeúnte por el clima ingrato; las de París exponen sus prendas –mercancía– a la intemperie para atraer al visitante; las de Alemania incorporan un jardín y flores interiores, un remanso ideal para la fatiga del consumidor. La escritora va disecando, disecando aspectos culturales como

el de las observaciones arquitectónicas, la jardinería, la higiene, los días festivos, los transportes, la comida, los hospitales, los centros recreativos, los bajos fondos y la fama de las ciudades, entre otros, con el propósito de exhibir ante todo aquella historia que pervive y está detrás de los grandes monumentos, de las grandes ciudades, de las vías de comunicación, del glamour de las modas y del turismo, entre otros. En una crónica como “Richard Bukowsky” la maestra descubre un héroe anónimo introduciéndose en el fango de la ciudad. Ahí plantea el determinismo urbano cuando dice: “El medio ambiente contribuye en gran parte a imprimir carácter del individuo, que mucho que en tales antros oscuros e infectos y despojados alicientes de cualquier clase, la fría y triste miseria engendre todos los vicios. Con todo, de esa baja capa social, suele periódicamente formarse el abono que nutre las clases más altas, renovando los elementos desgastados por la anemia que, en ellas, ha producido el examen de refinamientos a que se entrega el hombre que disfruta de la comodidad.”(269) De esta manera Laura Méndez descubre en esos “fangos de la ciudad” y “arremangándose la falda” a un personaje único: un niño aún analfabeta, con una conciencia cívica ejemplar sobre la educación y la responsabilidad, un niño de cinco años que guía a los turistas por las calles de Berlín con el objeto de ganar dinero para su familia. Este asunto le sirve para plantear una noción de la cultura y los valores basados en el talento individual y en el medio ambiente.

Los recorridos de Laura Méndez la llevan a plantear también las ambigüedades de instituciones aparentemente benéficas como las de la salud e higiene (“El balneario de Karlsbad y “Falacias de la higiene”), obras y lugares que aunque respaldadas por una leyenda son también elaboraciones del hombre con pretensiones lucrativas. Asimismo, la escritora una y otra vez nos sorprende por la incorporación de nuevos tópicos revisados con puntuales anotaciones literarias

e históricas como sucede en las crónicas relativas al feminismo o a la singularidad de los rótulos y la importancia de las flores en Berlín.

Laura Méndez de Cuenca es, en efecto, la cronista que disecciona las costumbres a través de la historia pero también la que desenmascara mitos modernos, lugares célebres, instituciones modernas a través de observaciones evolucionistas, darwinianas, que revelan una conciencia educativa singular. Este gesto realista y romántico le generan un dualidad en sus planteamientos que nos recuerdan a la dios Jano, el de las dos caras, un ser que ofrece los dos lados de una misma moneda, los pros y contras de prácticas culturales en transición o atávicas. Como una inquisidora crítica de las costumbres y cambios generados por el progreso, la viajera despliega el contraste, los lados glamorosos o no, acaso risibles o poco conocidos de lo que también sería nuestra “historia universal de la infamia”. Por ello Laura Méndez no tiene el menor empacho y, antes describir las bellezas arquitectónicas e históricas del París intelectual y capital del mundo, presenta la marginalidad de una ciudad que también se ensucia y tiene sus horas muertas, una ciudad que previa a los momentos del verdadero glamour es maloliente, aquella que apenas se prepara para el gran festín. Por eso, sin llegar a la descripción esperada, el lector es sorprendido con una crónica que intitula, no sin ironía, “El París de los sueños”:

El país honrado no es de la agrupación abigarrada que no desdeña pasar las horas muertas sobre la alfombra de serrín del pavimento, donde se amasan las colillas de cigarros con los escupitajos, donde el hedor del mingitorio se confunde con la fragancia de las flores de lis.

Los gorriones, revoloteando por los tilos, cantan y gorjean que es una gracia, pero si como el gran visir del Sultán Mamouth, entendiéramos el idioma de los pájaros, diría-

mos que dicen: ¡Qué lástima! ¡que vergüenza! (Méndez, “El París de los sueños”, en 2006: 238-241).

Este mismo carácter crítico e imaginativo de sus crónicas lleva a la escritora a describir Londres desde otros ángulos o perspectivas. No contemplará la ciudad desde una copa de árbol, como le gustaría, pero sí desde el “tubo subterráneo”, desde el Underground o metro, con lo cual nos ofrece una de las primeras descripciones del transporte subterráneo y de una ciudad espectacular, digna de ser protagonista de la revolución industrial:

La rampa tuerce siempre; y si no fuera por ser tan alumbrada, blanca y limpia, no habría quien tuviera ánimo para internarse en aquella cañería de dieciséis pies de diámetro. Para dar ventilación a cada línea hay en cada estación cantidad tal de boquetes, claraboyas y ventanas, en direcciones opuestas, que las corrientes encontradas que soplan en el largo y difícil trayecto desde la taquilla hasta el ferrocarril, ponen al viajero en conflicto: faltan manos para defender los cabellos de que se arranquen de la cabeza con orquillas y todo, para recoger las faldas voladoras, para conservar la posesión del portamoneda indispensable y del consabido billetito más indispensable aún por el momento. Así vamos cuesta abajo, por el tubo, como alma que se lleva el enemigo. Por fin... el tren. (Méndez, “Londres a vista de pájaro”, en 2006: 242-245).

Tanto el asombro visual y estético como los sueños y la fama se traducen en Laura Méndez en un motivo histórico para contar lo verdadera historia que está detrás de esos muros que describe. Así

sucede con la torre de Londres o la identidad que formula detrás de los balcones y jardines de Berlín frente a sus recuerdos de las calles con balcones del centro de México. Por ello cuando describe la “Torre de Londres,” primero evoca su afición al dibujo de castillos en la infancia y su desengaño ante la primera visita real al fuerte de San Juan de Ulúa. Pero luego pasa a hacer una crónica comparativa de la historia cruel y sangrienta que resguardan los castillos o prisiones de Santangelo en Roma y la Torre de Londres. De ésta cuenta:

Una de las infortunadas criaturas que mayor compasión inspira, al través de los siglos transcurridos desde su ejecución, es Lady Jane Gray, decapitada a los diecisiete años de edad, cuando la vida era para ella un ramo de flores y la hermosura una corona oriental. ¿Su delito? Ceder, tras de portentosa y tenaz lucha, a las pertinaces súplicas de su parentela, la cual demandó, de la tierna criatura, la aceptación de la corona de Inglaterra que un grupo de enemigos de María Tudor había osado arrebatarse de las sienes de esa soberana. Jane era también princesa y por sus venas corría la misma sangre real. Pero su reinado fue corto, de once días solamente; y la infeliz cayó al caer sus partidarios; y su cabeza rodó en el patíbulo. Cuentan que desde una ventila de la torre de Beauchamp, de las varias en forma de cruz, por donde el calabozo principal se esclarece y airea, vio la pobre mujer trasladar en hombros el cuerpo de su esposo, sin cabeza, mientras se preparaba de nuevo el cadalso para ella. Habiendo visto, en el museo de la torre, la cuchilla con que fue la infeliz decapitada; en el patio el lugar en que asentó el yunque, en una exhibición de pinturas, el lienzo que representa su ejecución, y otro cuadro más vívido del triste suceso, en el salón de figuras

de cera, fácil es comprender la emoción que evoca el recuerdo de la pobre niña. (Méndez, “La Torre de Londres”, en 2006: 246-251).

Para Laura Méndez la descripción de esos lugares la obligan a plasmar, en una prosa ejemplar, la verdadera historia que sirve para mostrar esas ironías del progreso humano, un proceso que sigue sin allanar otro moral. Una vez más Laura Méndez desenmascara mitos y ofrece una reflexión final digna de una verdadera romántica, preocupada por los destinos del hombre:

En lontananza, deslizándose sobre la corriente gris, ahogada entre la niebla, botes aparejados con telas satinas de color de escarlata, a las que el tiempo, en complicidad con el humo y el hollín, ha dado el tinte de sangre vieja. Parecen las manchas que ofuscaban la mente de Lady Macbeth. Mucho más allá, casi perdidos en el horizonte, las arboladuras de buques anclados en las riberas del río que han aireado sus trapos, desvanecidos en la bruma sus cuerdas y berlingas, semejan cruces pendidas en el vacío. O será que yo estoy para ver cosas fúnebres, calvarios, lápidas, verdugos y patíbulos y no puedo apartarme de la mente la tenaz idea de comparar a las razas, a los hombres, al mundo intelectual, al mundo salvaje. Y me pregunto, con el descubrimiento de las ciencias y su afirmación en la vida del hombre ¿habremos ganado algún progreso moral? Si no, ¿qué esperanzas tenemos de ganarlo mañana? ¿Desaparecerán del haz de la tierra, algún día, los sátrapas de Rusia, los sicarios de Guatemala? El perchazo de las velas, contra el mastelero, azotadas por el viento variable, resuena tristemente en mis oídos y se repercute en el corazón

como augurio siniestro. (Méndez, “La Torre de Londres”, en 2006: 246-251).

Este es el carácter del tránsito de nuestra cronista entre ciudades, un tránsito que si bien requiere de una conciencia crítica e histórica también necesita de una visión experimentada, con una perspectiva que tenga en cuenta otros valores importantes del hombre. En ese sentido, estas necesidades son algunas de las causas por las cuales sus crónicas se matizan con una conciencia gradualista y humanista y se adhieren más a una herencia cultural específica, acaso menos vistosa porque no es de ruptura.

Laura Méndez sin tener un espíritu fatalista, pero sí romántico y evolucionista; sin adoptar al flâneur delirante o anestesiado que despliega otras bellezas en su prosa o que fabrica reflexiones filosóficas sobre la vida en las ciudades modernas como lo hizo más tarde Joseph Roth en sus crónicas berlinesas, se somete a principios históricos y pedagógicos puntuales que desenmascaran la fachada y el glamour de los sueños en la modernidad, pero también esa misma visión crítica y anclada a valores históricos liberales y nacionalistas, la hacen exhibir una visión menos desafiante que se limita a poner los pies en la tierra.

Pero como dijimos al principio nuestra cronista también supo desplegar en sus crónicas una sensibilidad romántica poco frecuente en los escritores mexicanos, una escritura hipersensible y radical que reprodujo certeros ritmos poéticos con evocaciones sentimentales y de reflexión lúcida. No en vano la última crónica que escribía desde Europa, cuando se preparaba para regresar a México, a una tierra en vísperas de la Revolución Mexicana, Laura Méndez con voz crítica pero también sentimental evocaba uno de sus tantos regresos atormentados en ocasión de su boda. Ahí escribía un relato autobiográfico de gran lucidez en el que la sensibilidad y la conciencia de

la vida y muerte de una mujer se fundían en un texto filosófico y poético, entre ese espíritu racional y romántico. El texto se titulaba “La neurastenia”:

A los veinticuatro años de edad no se asiste a una boda como a un entierro, con el corazón pellizcado y los nublazones de la melancolía, ennegreciendo la mente. Pues ese era mi estado habitual, mi modo de ser ordinario. La sangre ardiente de la juventud se me helaba al contacto del muerto que llevaba yo o sentía llevar dentro. Sin motivo se me llenaban los ojos de agua. Unas veces me atosigaba el dolor por las flores pisadas, por los animales sacrificados a la utilidad común, por la materia inconsciente de su existir; las hermosas flores que ignoran lo grato de su perfume, las fúlgidas estrellas que no saben que brillan. Otras ocasiones se apoderaba de mi ser lo sombrío y me animaba espíritu destructor.

Fuera de estas muestras de crónicas más personales y de riqueza literaria, Laura, por lo general, elaboró crónicas sobre ciudades y lugares en donde la modernidad siempre acarreó un sentido histórico más profundo, un elemento que resultaba difícil extirpar. Por eso Laura Méndez se aferró a esos aspectos de identidad y condena histórica; por eso no se encuentran esos registros del cronista moderno que se abandona a la ciudad y deja que ésta lo invente. A cambio tenemos a la prosista puntual que nos muestra la pesadilla de la historia, la del hombre, una presencia que mientras sea crítica no podemos eludir.

Para nuestra escritora mexicana la ciudad es experiencia y conocimiento pero también evocación e identidad, por ello sus impresiones de viaje son puente para sus recuerdos, entre ambos mundos;

testimonio puntual de una visión en retrospectiva, histórica, de dos caras, que sabe extenderse con cautela a la vida moderna.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- MÉNDEZ DE CUENCA, Laura (1907), “Las tiendas al menudeo”, (Desde Berlín, Especial para *El Imparcial*), t. XXII, núm. 3862, 26 de abril de 1907, p. 9.
- (2006), *Impresiones de una mujer a solas*. Selección y estudio preliminar de Pablo Mora, México, FCE, UNAM, f.l.m.